

Tradición, Presente y Futuro en los ensayos y en la poesía de William Ospina

Alba Lucía Tamayo García

"Y el poeta mismo sale de sus estancias milenarias".

Goethe.

os humanos sintieron la presencia de los Dioses cuando descubrieron la armonía y reconocieron en la vida y la muerte la experiencia de sagrados misterios. Desde eses instante prodigioso la aspiración a una vida justa que dignificara la existencia y celebrara con gratitud los dones concedidos por las divinidades, fue una búsqueda espiritual legítima.

Si la humanidad hubiera guardado lealtad a las verdades esenciales reveladas, seguramente, ahora estaríamos en sociedades armónicas con la naturaleza y no en los escenarios de luchas por poderes en los que vivimos. Pero esta búsqueda por

alcanzar una alta existencia en la tierra se diluyó en los esfuerzos por construir una civilización que creyó fundar una sociedad de seres libres, cuando en realidad marchaba ajena a sus orígenes divinos hacia la aventura de una barbarie que configuró imperios, cada día más alejados de la naturaleza, y por lo mismo, sustentados en la violencia como su elemento fundador.

En toda la historia la única expresión que ha conservado viva esta primigenia experiencia con lo sagrado ha sido la poesía y es en esta parte irreductible de la condición humana, donde lo divino ha encontrado su refugio desde que los hombres y las mujeres traicionaron sus orígenes. Es por este hecho, que el arte con sus diversas expresiones poéticas ha logrado preservar lo único incorruptible que ha quedado de la especie humana.

Los artistas han dejado huellas de esta experiencia con lo sagrado en el transcurrir de los siglos, pero no todos han transmitido su impresión nítida para unir el arte con la vida porque sólo los espíritus grandes en obra y ser alcanzan el milagro de señalarnos esta tradición milenaria que además de sustentarnos en el presente, abre futuro con la persistencia de la llama y la sabiduría de las estrellas.

En esta época de tinieblas y autodestrucción en que se debate el mundo en estos fines de siglo, la última alternativa que nos queda es la de reconocer esa tradición que posibilita un presente germinador de futuro para que el milagro de la poesía obre también en nosotros y nos libre de perecer con todas las maravillosas especies que han sobrevivido a la expoliación y al exterminio del racionalismo ciego. Desde la antigüedad, los grandes poetas han encarnado la verdadera conciencia emancipatoria de su tiempo, pero paradójicamente no han sido escuchados, como si los humanos tuviéramos algo secreto que nos arrastrara hacia la infelicidad.

En este lado de la tierra que después de conquistado se llamó América, la insuperable sencillez y pureza divina de los cantos del poeta-príncipe Netzahualcoyotl fueron profanados por la invasión española.

Europa no oyó a sus grandes artistas, tampoco escuchó a Holderlin, el poeta más iluminado de los tiempos modernos, aunque cantara infinitas verdades recordando que el futuro está en el reconocimiento presente de esas fuerzas vitales que nos ligan a la tierra, al cosmos y a sus divinidades. Ni siquiera Goethe, quien sabía que el verdadero poeta sale de sus estancias milenarias, reconoció su grandeza.

En el tránsito del siglo XVIII al XIX, el más grande de todos los poetas advertía las tinieblas que cubrirían el mundo, si los seres humanos ignoraban a los Dioses, pero la modernidad naciente ya iba en "la carrera desenfrenada de los potros del progreso". Para ella, sólo los sujetos autónomos iluminados con la razón otorgaban sentido a ese paraíso que prometía el advenimiento de la revolución industrial, la tecnología y la ciencia.

El monoteísmo cristiano que fue considerado un avance histórico de la civilización occidental, había declarado la guerra a todos los Dioses de la antigüedad. Ahora, hombres y mujeres decretaban la muerte del Dios triunfador que los había expulsado del paraíso. Para qué escuchar innecesarias advertencias remotas sobre las divinidades? Y se escindieron el arte y la filosofía, la ética y la estética, la moral y la política.

Tal vez Holderlin presintió las innumerables formas de la barbarie humana que se avecinaban con la imposición del poder de la razón y prefirió perderla, dejándonos muchos interrogantes porque sobrevivió más años sin la llamada razón que con ella. Y desde entonces, estamos más solos que nunca!

Inexorablemente se han ido consumando muchas de las barbaries profetizadas por otros grandes visionarios alemanes como Nietzche, quien también perdió la razón y como Walter Benjamin, quien debió suicidarse para tener una muerte digna de esa pesadilla infame que fue el nazismo.

No deja de ser curioso que en Alemania haya habido tanta luz y tanta oscuridad, como si la grandeza de las premoniciones correspondiera a la profundidad del abismo que espera.

Lo cierto es que a pesar de Holderlin, de William Shakespeare, quien mostró como nadie los horrores que engendra el poder; de Walt Whitman, quien divinizó nuevamente la naturaleza, justamente en la nación que más ha sabido disfrazar su villanía para destruirla; de Jorge Luis Borges, quien transmitió veneración por los misterios del mundo y por todo lo creativo que ha hecho el ser humano; a pesar de muchos otros grandes poetas y espíritus anónimos que secretamente han puesto su chispa de luz para proteger la vida, la especie humana continúa avanzando hacia la hecatombe.

El mundo se ha quedado sin referentes colectivos ciertos y claros, los ideales planteados por la modernidad, orientadores de

muchas generaciones nunca cumplieron con la emancipación prometida poniendo en evidencia el fracaso de casi todos los discursos teóricos y prácticos que han buscado solución a los problemas y conflictos de esta "civilización extraviada que ha sido capaz de sacrificarlo todo sin saber muy bien para qué".

La ciencia, la tecnología y la industria se aislaron del crecimiento espiritual y de la clarificación moral que deben aportar los conocimientos porque fueron los intereses económicos y el ansia de dominación los que rigieron sus metas y sus logros y así terminaron al servicio del culto al consumismo, a la guerra y sus tenebrosos agentes económicos de la violencia.

La desilusión creada por la quiebra de los valores universales nos ha sumido en el escepticismo, el desencanto y la inconsecuencia, pues continuamos soñando con el paraíso del que fuimos expulsados sin hacer nada por construirlo, queremos la justicia sin ejercerla, la felicidad sin conocerla, la alegría sin disfrutarla, la igualdad sin reconocer la diferencia y la libertad sin dar lugar a la existencia de los otros.

Pareciera que los humanos estuviéramos condenados a no fundar jamás una ética que no contravenga las leyes de la naturaleza, pareciera que cada día nos alejáramos más de la posibilidad de alcanzar una vida digna, justa y solidaria.

Y ya en este vértice en el que nos encontramos, próximos al nacimiento de un nuevo milenio, solamente nos queda la alternativa que nos ofrece el arte, la alianza entre la ética y la estética para recuperar el sentido sagrado del mundo que defienda y preserve lo que queda de vida en este planeta. Sólo el milagro de la gran poesía,

su sabiduría milenaria, encarnación de la tradición, el presente y el futuro, puede darle un tono de luz a la desolación de la época y a la desesperanza humana.

Como colombianos y latinoamericanos no podíamos estar ajenos "ante la nube letal que avanza sobre el mundo". Todos los seres que estamos por defender el derecho a la vida, esperamos escuchar y encontrar señales reales que indiquen un horizonte más claro. Por este motivo, es una compensación histórica para el desgarrado transcurrir de nuestro estigmatizado país que en Colombia haya revivido con William Ospina, una de las voces más grandes y nítidas de la tradición milenaria de la poesía, el arte de pensar y de narrar, y estaríamos signados por una fatalidad irremediable si no escuchamos y si no leemos al poeta esperado, ahora que lo tenemos vivo y cercano.

Seguramente nos sentimos sorprendidos, es tanta la falta de difusión de nuestros pensadores y artistas, y de oportunidades y tiempo para disfrutarlos, es tanta nuestra orfandad, tanto el escepticismo, tanta la envidia, tanta la ceguera del alma, tanta la impostación de oficios y de poderes que nos cuesta convencernos de que los colombianos no sólo producimos horror y violencia.

Todavía no asimilamos la significación de Gabriel García Márquez y su obra literaria, y nos asombraríamos de nuevo por "la incapacidad de pensarnos como parte de la historia universal", al saber que en Colombia también nació Estanislao Zuleta, "una de las inteligencias más brillantes de la segunda mitad del siglo XX", como lo dice William Ospina en "El arte de la conservación" que escribió en la muerte de su maestro y amigo.

Al igual que Goethe con Herder, William estuvo muy cerca de Zuleta, los dos maestros hechizaban con su conversación, fueron extraordinarios casos de lucidez verbal que influyeron en distintos siglos, en dos grandes poetas en cierne, confirmando, profundizando y acelerando las percepciones e intuiciones que germinaban en ellos. Tanto Goethe como William desarrollan un torrencial narrativo que recuerda el tono épico primigenio que está en las raíces mismas de la poesía, tan necesario en épocas de tinieblas, y que tiene la virtud de unir "el hilo de arena" del tiempo: el antes, el mientras y el después.

Dice Walter Benjamin que el arte de narrar se aproxima a su fin, porque el aspecto épico de la verdad, es decir, la sabiduría, se está extinguiendo; y dice Borges que "los escritores han olvidado que uno de sus deberes es la épica", y es en ejercicio pleno de esta facultad en peligro de extinción que William Ospina habla en sus ensayos y conversaciones y canta en sus poemas.

El poeta colombiano, nuestro poeta de cuarenta años nos lleva por las huellas y los senderos de los Dioses, la naturaleza, el tiempo, el cosmos, el mundo, el arte, la filosofía, la estética, la ética, la historia, la literatura, la geografía, la política, la economía, la ciencia, las religiones, el alma, el amor, los sueños, la vida y la muerte.

William Ospina ha escrito innumerables ensayos y poemas, unos irrecuperables por su vida andariega, muchos inéditos y algunos conocidos en antologías, revistas y periódicos. Ha publicado tres libros de poemas: El Hilo de Arena, La Luna del Dragón, El País del Viento; y dos libros de ensayos: Es Tarde para el Hombre y Esos Extraños Prófugos de Occidente. En su obra

ensayística sobre grandes pensadores, escritores y textos memorables de la literatura universal, ha hablado, entre otros, sobre: Las Mil y una Noches, William Shakespeare, Francisco de Quevedo y Villegas, Lord Byron, Charles Dickens, León Tolstoi, Arthur Rimbaud, Mary Renault, Emily Dickinson, Walt Whitman, T. S. Eliot, William Faulkner, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Federico García Lorca, Poesía Indígena, de la conquista, de la colonia, y de la independencia de Colombia, Jorge Isaacs, José Asunción Silva, León de Greiff, Porfirio Barba Jacob, José Manuel Arango, Aurelio Arturo, Estanislao Zuleta y Friedrich Holderlin.

Los diversos caminos del conocimiento han demostrado que es más enriquecedora la relación directa con la escritura y conversación de un autor, porque así el oyente o el lector tienen mayor libertad para sentir y pensar sin estar sometidos a las interpretaciones avasalladoras de quienes no admiten las propias limitaciones ante la lucidez eminente de otros seres.

Como sería inútil intentar decir de nuevo lo que el poeta nos comunica en sus escritos, tocaré tangencialmente algunos aspectos de su obra y haré transcripciones de ciertos apartes esenciales de su pensamiento, sugerencias, advertencias y reconocimientos a los grandes artistas, pensadores, escritores y amigos que lo acompañan.

Quiero invitar a cada uno de ustedes para que haga su propio recorrido por la obra de William Ospina y sienta en su particular experiencia como le sucede el gran milagro de la poesía.

William Ospina dijo que José Asunción Silva era la historia de un pequeño milagro en las agonías del siglo XIX y que por su causa a todos nos ocurrió y que esta experiencia fue el origen de una larga serie de milagros mayores. Y ahora nosotros podemos decir que en las agonías de este siglo, a las puertas de un nuevo milenio, William Ospina es el gran milagro de esa serie de milagros mayores que inauguró Silva.

Ensayos sobre la Sociedad Contemporánea: Es Tarde para el Hombre

Este libro engrandece la expresión del ensayo que no ha tenido mucho desarrollo ni mucha audiencia en el medio literario colombiano, entre otras razones, porque no nos hemos atrevido a considerarnos parte del pensamiento universal. Continuamos esperando que las teorías, reflexiones esenciales, propuestas, soluciones y prácticas que nos ayuden a reinscribirnos de nuevo en el orden de la naturaleza, provengan de lugares lejanos o de los países que siempre nos han colonizado.

En estas páginas se hacen nítidas las señales de un renacimiento del pensamiento desde la poesía, necesario para todos los que esperamos claridad en esta época de tinieblas. Se cuestiona la concepción evolucionista y lineal de la historia y la nociva y equivocada idea de que la literatura nada tiene que ver con la ética, con la realidad, con la vida y con el futuro de la especie.

Estos ensayos son un llamado a la búsqueda de caminos distintos a los que han llevado al complejo desorden que crece en el planeta en este fin de siglo y es una clara advertencia sobre la última oportunidad que tiene la especie humana de sobrevivir a la barbarie que ella misma ha engendrado. "Es Tarde para el Hombre" muestra como dice Holderlin que "Quien ha pensado lo más hondo/ ama lo más vivo./" y que "Allí donde crece el peligro/ crece también la salvación."

Compuesto por seis ensayos este libro comienza con "Los Románticos y el Futuro", un recorrido por el más alto momento del espíritu occidental, las huellas sobre las cuales podríamos sustentarnos para encontrar las alternativas que tanto necesitamos. Nos dice el poeta: "A fines del siglo XVIII, los esfuerzos de la inteligencia habían cuajado en vigorosos sistemas racionales. La ilustración francesa, el empirismo inglés y el racionalismo alemán habían llevado a su plenitud el culto de la razón, la fe en el progreso humano y la confianza en la capacidad del hombre para comprender el mundo y ordenarlo a su modo. De esa luminosidad racionalista se nutrió en adelante todo el positivismo que ha terminado imponiéndose sobre Occidente. Pero la principal tendencia del positivismo es la de reducir la vasta y compleja realidad universal a un discurso utilitario que sólo acepta lo lógicamente demostrable, lo que puede ser calculado, medido, claramente explicado en su origen, y que puede expresarse en fórmulas racionales. Un universo así reducido es suficiente para los fines de esta civilización, dinamizada hoy por la fuerza ciega del gran capital, y empujada por el lucro como único gran propósito general de la especie.

Si esta actitud hubiera sido unánimemente aceptada por la humanidad, pocas esperanzas podríamos alentar frente al futuro. Un mundo así reducido a sus manifestaciones más evidentes y a sus mecanismos más útiles sólo promete la muerte del espíritu humano"

"... la razón no puede ser un criterio final de valoración del mundo." "... cuando ella se agota y nos deja la evidencia de que

nunca sabremos plenamente el significado, el origen, la composición y los propósitos del universo, siempre nos queda en amor por la vida, más fuerte y lleno de gratitud cuanto más inexplicable resulte ser ésta. Y allí, en el lugar donde se cansa el viento, donde la razón encuentra sus límites, allí comienza lo divino, y la función del arte es revelarlo, hacernos sensibles a su presencia y a su influjo, avivar nuestra gratitud.

Esa fue la función que cumplieron los románticos: renovar a comienzos de la edad moderna, los lazos vitales que nos unen con el misterio, con la divinidad y con la naturaleza inmortal, y dejar flotando sobre los espíritus, cuando ya crecían los desiertos del utilitarismo y del sinsentido, un recuerdo de altos destinos y un ejemplo de aventuras audaces, para que algo sagrado y poderoso pudiera acudir en nuestra ayuda a la hora de los grandes eclipses."

el cauto recelo que debe despertar el poder de la publicidad y de los medios masivos de comunicación que ocultan las verdades de la realidad vendiendo un mundo de fantasías inaccesibles para las muchedumbres. El infierno que ha construido la sociedad de consumo porque la industria, la técnica y la ciencia en su urgencia de saber, dominar y transformar no se han sujetado a una ética. Nos dice el texto: "... y entonces comprendemos que tal vez lo que el mundo necesita no son más cosas, más autos, más mansiones, más progreso, más publicidad, sino un poco de generosidad humana, una mirada más vigilante sobre el opulento porvenir que mienten los fantasmas, un poco de honestidad con nuestras almas, y un poco de sensatez en el breve y peligroso tiempo que nos fue concedido".

El tercer ensayo "Las Trampas del Progreso", es una crítica acertada a los grandes dogmas rectores de los tiempos modernos: el progreso y la teoría de la evolución que han llevado a la concitación de poderes que el ser humano no parece estar en condiciones de controlar y que puede conducirnos a cumplir las previsiones terribles de la ciencia ficción. El ritmo absurdo impuesto por la ciencia, la técnica y la industria que buscando abrir, profundizar y hacer el progreso evidente para todos, excluyó lo divino y puede terminar excluyendo también lo humano. Sólo el arte se ha salvado de esa propulsión dañina del progreso porque una obra de arte no es valiosa por su actualidad sino por su intemporalidad, su verdad interna, su coherencia orgánica. Nos plantea el poeta una gran pregunta: "Puede la mera lucidez, ya en los umbrales del nuevo milenio, detener la carrera desenfrenada de los potros del progreso?"

El cuarto ensayo "La Mirada de Hielo", es la reflexión sobre la necesidad de recobrar el sentido trascendental de la salud y la enfermedad, la dignidad de la vida y la majestad de la muerte. El capital ha deslegitimizado al ser humano de su propio reino para que pague sus derechos naturales adquiridos por el hecho de existir y así lo ha llevado a la ceguera de su cuerpo y su alma. Observa este ensayo, el curioso proceder de esta época que promulga la perfección, la importancia y la felicidad humanas en el momento en que más lejanos nos encontramos del conocimiento de nuestro propio mundo. Nos dice el poeta: "Muertos o ausentes los dioses, el hombre quedó solo, desconfiando de todo orden trascendente, desconociendo todo lo que no le fuera evidente, negando aún la existencia de su propio espíritu, y confiando sólo en las virtudes del conocimiento, de la razón y del trabajo humano."

"El positivismo moderno, excluyendo todo lo que esté por fuera de la razón y sus métodos, todo lo que no pueda ser lógicamente probado, ha reducido al hombre a las pobres dimensiones de la materialidad y de la evidencia, y es la expresión desacralizada de un mundo hecho sólo de ciega materia, un frío mecanismo gobernado por leyes inflexibles e imperturbables donde ya no caben como potencias activas, como causas eficientes de la realidad, ni la pasión, ni la esperanza, ni el sueño, ni la fe, ni la belleza, ni el acogerse a lo divino del mundo."

El quinto ensayo "El Naufragio de Metrópolis", es la historia de uno de los grandes sueños de la especie humana: la ciudad.

La antigüedad de la cuna de la cultura, la belleza, los monumentos al saber, al talento, al orgullo del ser humano; el arte y la revelación física de los secretos del espíritu. La "... selva oscura que representa el horror y el caos" opuesta por Dante "... a la imagen de la ciudad, símbolo de la cultura y del orden moral".

La modernidad y el ensombrecimiento de las ciudades, la pobreza en sus esquinas, miles de personas en la inclemencia de la intemperie, el humo contaminante de los rituales vacíos de las máquinas, la feria de las mercaderías y el capital. Los escombros clarividentes de la ciudad ideal que Joyce captó a comienzos del siglo XX "... la pérdida de la fe de los hombres en las posibilidades de la ciudad y también la muerte o la fuga de las divinidades que eran su centro y su espíritu."

La sobrevivencia de muchas ciudades europeas y algunas ciudades americanas que "... conservan aún cierto equilibrio que es fruto de siglos de crecimiento lento, de previsión, de disciplina, de pedagogía de la convivencia y de énfasis en la ética ciudadana."

El crecimiento confuso y desmesuradamente acelerado en poco más de medio siglo de las ciudades latinoamericanas.

La gesta de las fuerzas "... que no tienen ningún interés en la conservación del planeta, que no pueden conmoverse ante el deterioro de la vida humana y natural, que no pueden sentir lo sagrado ni lo divino del mundo por la triste y poderosa razón de que ni siquiera pueden sentir." El olvido de "...que fue la capacidad de crear la que nos hizo humanos".

La desacralización de la naturaleza instaurada con el triunfo del cristianismo en contraste con las divinidades de los griegos.

"Para los griegos había divinidades en el agua, en el aire, en la acumulación de las nubes y en el paso del tiempo, en el florecer de los
lirios, en la enfermedad y en la muerte. Para el cristianismo sólo a
través de lo humano se manifiesta lo divino, y los enemigos del hombre eran el demonio, el mundo y la carne tres poderes que los paganos habían exaltado bajo la forma de Dionisos, de Zeus y de
Afrodita".

La cierta posibilidad de encontrar una alternativa de vida distinta: "... la humanidad podría muy bien estar repartida por la superficie de los continentes, cultivando de un modo razonable la tierra, cuidándose de no saquear ni depredar el universo sagrado que es la condición misma de nuestra existencia. La especie podría estar organizada en comunidades semirurales, instruidas, laboriosas, cultoras de la ética y de la estética, respetuosas de la naturaleza, vigorosas, afectivamente saludables, libres

de prejuicios y austeras, en las que podría florecer la mayor diversidad cultural imaginable, e incluso aprovechar las posibilidades benéficas de la ciencia y de la técnica, y el planeta ni siquiera sentiría que hay humanos en él".

"... sólo la recuperación del sentido sagrado del mundo, sólo el retorno-impredecible en sus expresiones, sus éticas y sus estéticas- de lo divino, podrá permitir que la humanidad recupere su lugar discreto y sublime en el orden del universo, podrá permitir la reconciliación del hombre con la naturaleza, el paso del tiempo de la dominación al tiempo de la alianza, y podrá permitir que la idea de la ciudad, orden, belleza, y espíritu, recupere el sentido humilde y sagrado que tuvo, antes de convertirse en pesadilla."

El sexto ensayo "Los Deberes de América Latina", es un aporte sustancial a la configuración de nuestro ser latinoamericano y universal, y un reconocimiento de inmensa gratitud a Jorge Luis Borges por las iluminaciones de su sabiduría, por su contribución esencial a la identidad de nuestra "... posición fronteriza entre la tradición cultural de occidente, que nos corresponde naturalmente, la tradición de todo el planeta y los misterios de nuestro ser americano..."

La necesidad de restituir la verdadera proporción de la cultura europea para escuchar el rumor de todas las culturas que habitan el planeta, y la urgencia de arrancar del silencio y la indiferencia los sueños y las tradiciones... que no son formas accidentales de la inventiva humana, sino secretos indispensables de la supervivencia de la especie. La justa mirada sobre España que logró escapar al espíritu hegemónico europeo y conservar "... algo necesario y tal vez prometido al futuro". La clara advertencia de que "... la ética será la única puerta para entrar al futuro", y el compromiso que tenemos los latinoamericanos de "... aportar al caudal de la rica y poderosa tradición planetaria todo lo que tenemos y aún desconocemos, todo lo que por causa del pensamiento hegemónico occidental no hemos sabido valorar".

Y el poeta termina este ensayo aceptando el desafío histórico de los latinoamericanos: "Aún es preciso decir de qué se ha privado el mundo hasta ahora. Qué ha sido acallado por los saqueos de la codicia y por los estruendos de la soberbia. Aún es preciso decir que los pueblos que se defendieron hasta la muerte han dejado un grito que espera en las gargantas de los vivos. Que ante la nube letal que avanza sobre el mundo, llena de saber, de poder, de tecnología, de productos, de publicidad, de espectáculos que inmovilizan al hombre, y de arsenales atómicos incomprensibles, ante ese fastuoso y admirable poder que niega lo sagrado y saquea la naturaleza y todo lo profana, sólo nos queda un poder que oponer, el último asilo de la esperanza: el poder de lo divino que aguarda, en forma de sueños y leyendas, de amistad y de amor, de arte y de memoria, de perplejidad y de gratitud, en el corazón de los seres humanos, esa fuerza que no aparecerá jamás en ninguna estadística, que por ello no parece existir ni contar ante los evidentes poderes del caos, pero que es la que construyó las naciones, inventó los lenguajes, pulió los oficios y supo alzar en ronda, bajo las significativas estrellas, lo único verdaderamente digno que ha brotado alguna vez de nuestros labios y de nuestras manos, el canto respetuoso de la gratitud y de la esperanza".

Ensayos sobre Grandes Obras y Grandes Escritores.

La producción ensayística de William Ospina nos permite ver y sentir las huellas esenciales que han dejado las divinidades y los grandes espíritus creativos públicos y anónimos para que nuestro ser crezca y se engrandezca.

En estos ensayos encontramos el asombro por las maravillas salidas de las adversidades extremas del desierto en Las Mil y Una Noches; el reconocimiento de la multiforme alma española, la complejidad de la época de Francisco de Quevedo y su rica elaboración del tema de la muerte; la redención buscada por Lord Byron en la historia y su sueño con Bolívar y la liberación de América del Sur; la capacidad de Dickens para convertir la atmósfera y miseria de los hombres de la sociedad moderna en memorables obras literarias; la utopía de Tolstoi por conseguir que los hombres de Rusia conquistaran pacíficamente su libertad y su valor inaudito al ser capaz de salvar para el espíritu el tema de la muerte por ser el más difícil del arte y de la vida humana; la extraña e ilimitada capacidad de entrega a un destino original sin precursores de Rimbaud y su lucha por la extrema libertad individual, la embriaguez y la imaginación; las innumerables reflexiones que deja la novela de Mary Renault sobre Alejandro de Macedonia; la confianza de Emily Dickinson en el universo, el valor y el privilegio que tuvo de renunciar al espectáculo público y sus eternas palabras: "Cuando es demasiado tarde para el hombre/ es temprano aún para Dios"; la celebración de la pureza de los elementos y la Divinización de lo común en Whalt Whitman, el inolvidable grito de justicia de Pablo Neruda, la enorme contribución de Alfonso Reyes "con su ejemplo

y sus obras a la definición de lo que son nuestros pueblos y sus culturas, a la eficaz construcción de nuestra identidad; la alegría y la esperanza que puede alentar en nosotros el saber que en América creció alguna vez una mitología vinculada a la naturaleza, distante de las religiones que han tiranizado y ensangrentado al mundo; el duro precio que ha tenido que pagar nuestra cultura por ignorar la obra de Juan de Castellanos; la discordia entré la imaginación, las expectativas de los hombres y las posibilidades reales que revela la obra de Hernando Domínguez Camargo, la demostración del tipo de realidad tardía que vivió América bajo el influjo de la cultura española con la vida y obra de Sor Francisca Josefa del Castillo; el conocimiento de que la historia de Colombia está como signada por una extraña fatalidad porque al nacer como país se salvó del enigma atroz de haber matado a su libertador, viviendo paradójicamente la desamparada y temprana muerte de Luis Vargas Tejada, quien estuvo implicado en la conspiración contra Bolívar, pudiendo ser el gran poeta del país naciente, la resistencia casi metálica del lenguaje en "La María" de Jorge Isaacs, la seguridad nueva que llegó al idioma y el camino hacia el futuro que nos dejó José Asunción Silva con la historia de milagros que inauguró en todos nosotros, la alianza que por primera vez logró Barba Jacob entre la poesía popular y la poesía culta; el afortunado acontecimiento que sucedió en nuestra cultura con la vida y la obra de Aurelio Arturo, "en la que no habrá colombiano que no se reconozca y en la que jubilosamente podemos esperar que se reconozcan todos los hombres"; "... la más profunda reflexión que se haya dado entre nosotros, sobre el tema de la dignidad humana"... y "... el más hermoso e intenso caso de magisterio verbal que hayamos presenciado: la vida de Estanislao Zuleta"; la herencia eterna que dejó Holderlin a toda la humanidad sobre la poesía, no como respuesta sino como camino al futuro, la revelación de que en la agonía de una época la poesía "pudiera abrir nuevamente para el hombre edades de esperanza y orgullo", la claridad que aportó este eminente ser sobre la vocación y función del poeta como mensajero y mediador de las divinidades, y la inmortal frase "ante la cual nos sentimos en presencia de los irrefutable: En lo divino creen/ únicamente aquellos que lo son".

La Sabiduría de las Piedras y las Estrellas.

Excepcionalmente se unen la tradición y el presente con el futuro, la historia con la literatura, la filosofía con el arte, la estética con la ética y la universalidad con los acordes y registros íntimos de un poeta que recorre las huellas del tiempo y la cultura occidental, dejando impresas sus propias huellas.

Hay un nítido enlace entre los poemas, los ensayos y las conversaciones de William Ospina porque su ser obedece siempre a los mismos designios y a los mismos propósitos en correspondencia armónica. Es por este hecho que en su arte de escribir y de hablar no sólo hay permanencia de la memoria, sino continuidad, ascenso, asombro, temblor, generosidad, gratitud, esperanza, intensidad, delicadeza, habla de los elementos esenciales de la naturaleza, fuerza vital y cósmica, relumbramiento, magia, resurrección de voces, transmigración del conocimiento y de las divinidades.

En su primer libro de poemas Hilo de Arena están todas las claves de su poesía, sostenidas y en ascenso en su segundo libro La Luna del Dragón y magistralmente logradas en El País del Viento.

Hilo de Arena es el tiempo dejando resbalar sus infinitos y diminutos diamantes en el vientre del mundo, germinan la luz y la oscuridad, el día y la noche en su ritual cotidiano de unirse y separarse en el instante prodigioso del crepúsculo, donde palpitan todos los misterios y secretos del universo. En ese umbral indescifrable nace la poesía de William Ospina, el reloj de arena gira y comienza a suceder todos sus poemas como hojas que van cayendo con el viento y el paso del tiempo en nuestra memoria, en nuestro corazón y en nuestra piel.

Hilo de Arena inicia su recorrido con el crepúsculo del poema "El día se despide": "Con ese azul nocturno/ que llena todo el cielo,/ con esa bruma de azafrán y de oro/ sobre las irreales colinas del oeste,/ el día se despide."; y en su parte final nos dice: "Conmovidos sentimos que en el cielo sin dioses/ triunfará la tiniebla. Más oscuro el azul. La luz más roja y última/ Ya la primera estrella."

Con estos últimos versos del poema inaugural de Hilo de Arena recordamos la voz de Holderlin que en su canto "Dioses" nos habla de que es tiniebla sin cantos ni alegría el mundo del que ignora a los Dioses.

En el poema "Barbados" aparece de nuevo el crepúsculo en el instante en que se silencia "...la luz, junto al mar,/" y prosigue el poeta: "Era hermoso sentir/ como una bruma blanca el resplandor violento/ de la luz, y esa hora en que el agua y el arena/ palidecen fundiéndose con el aire, esa hora/ en la que todo es blanco y ardiente y la embriaguez/ cruza como un herido galeón por las islas,/ resucitando siglos, encendiendo los faros/ y estremeciendo manos muertas en los escombros./".

En su poema "El Temerario llevado al desguace" de una tela de William Turner, comenzamos a ver la pintura que os describe el poeta: "Con color de crepúsculo la nave que se rinde/ parece, en la pesada soledad del regreso,/ un anciano del mar que se apoya en un niño./". Continúa la presencia del crepúsculo que aparece en casi todos sus poemas anunciando la sabiduría de las piedras y de las estrellas.

En la poesía de William Ospina también la vida y la muerte están inscritas de manera imborrable porque nos hace sentir esa experiencia sagrada primigenia a la que los humanos no supimos guardar lealtad y que tal vez no sólo palpita todavía en nuestro inconsciente colectivo de especie, sino que seguramente guarda las llaves del futuro. Porque no basta decir que la vida y la muerte son sagradas para que ocurra una transformación en nuestro ser, es esencial transmitirlo con la fuerza de la verdad y encarnación de la sabiduría milenaria de las piedras, necesarias para que obre el milagro de la poesía y sintamos en nuestra sangre el ascenso de una renovadora savia.

En su poema "San Jerónimo" de una tela de Alberto Durero, la observación de esta pintura trae a los ojos del poeta "... una forma eterna/ que... recuerda sin cesar... su suerte,/" que es también nuestra suerte de volver siempre al origen, a la vasta tierra donde nos espera "... el laborioso abrazo de lo informe/" que sentimos cuando escuchamos o leemos los versos del poema "Cementerio Central": "Aquí acaban precisos episodios del tiempo/ que afligidos cortejos escoltan hasta el límite,/ aquí, en lechos de piedra, cada huésped se entrega/ al laborioso abrazo de lo informe./ "... Ni la araucaria negra/ que crucifica el cielo,/ ni esas apasionadas contorsiones de mármol,/ ni esa for-

ma retórica/ que lleva por los versos su filosa guadaña,/ pueden nombrar los últimos palacios,/ las costas intocadas por la espuma del tiempo/ que sólo ven los muertos y los Dioses./"

El poeta va a los lugares donde estuvieron los padres de las viejas naciones, pisa sus huellas, reconoce geografías remotas, sigue los rastros de las civilizaciones que han fundado los humanos, sobretodo de sus vertientes occidentales, y nos lleva a una reflexión constante sobre el tiempo y lo sagrado, devolviéndole a las palabras la fuerza transformadora que éstas perdieron cuando el verbo dejó de ser carne, tiempo, vino, sangre, oro, gratitud, alabanza, esperanza y fe en la tradición, el presente y el futuro.

El arte y la filosofía, la ética y la estética, la historia y la literatura se encuentran en una épica ejemplar que es verdad y sabiduría de largo aliento en el viaje que emprende William Ospina en sus tres libros de poemas; y que empieza con su libro "Hilo de Arena" en los versos de: "América", "Atenas", "Roma", "El Efebo de Marathon", "Solux Rex" y en "El cañón del Patía": el éxodo de los mongoles por glaciales caminos, las negras tripulaciones que llegaron a América por el Sur, las deidades silvestres, las ciudades de las cumbres, las hermosas pirámides, los cañones, los salmos y las espadas; los rastros de Sócrates, Virgilio, Heráclito, Edipo, la lengua griega, sabios, guerreros, Dioses y blancas esfinges; Dante y el campo donde Dios batalló contra todos los Dioses; la desnudez del efebo que es arcano y palabra de bronce; los recuerdos y el azar de las guerras del rey Carlos, Odín y el último vikingo; la legión sedienta que en los llanos del Patía soñó con quitarse el yugo español y la cercanía al mundo de Aurelio Arturo "donde él vio descender la luna en las pupilas/ de una noche morada.../", y donde el poeta capta una extrañísima asociación que funde la vida con la muerte,

cuando dice de una manera sorprendente: "El día es del color de los huesos desnudos/".

En sus poemas "Ahora" y "Barrio" el poeta viaja también a su infancia. Fiel a su destino de andariego del mundo y del conocimiento, también desanda sus propios pasos para reconocer allí el viento antiguo que recorre toda su obra y el barrio sueño que despierta con el pulso del súbito recuerdo.

Y así como en sus ensayos preserva el recuerdo de autores y amigos que lo acompañan, en los poemas de su primer libro escribe en memoria de Holderlin, Marie Kayser y Frederique Marmier.

El Universo Mítico de La Luna del Dragón. A la memoria de Estanislao Zuleta.

"La Amenaza", "Parténope", "Ariadna", "Notre Dame de París". A Mario Flórez, "Polvo", "El Coloso de Rodas", "Jeanne'D'arc", "Francisco de Quevedo", "Góngora", "Alejandro", "Erostrato".

Lázaro vence, la resurrección de voces mantiene dormido al dragón en su luna, "... el tiempo, los Dioses, la eternidad, los muertos./" y "... nuestros cuerpos inciertos/" peligran, pero aún está viva la memoria, gracias a los mitos la tradición fluye incesante como el agua. El agua y el viento permanecen en su diálogo eterno, la naturaleza persiste todavía, y ahí continúan creciendo primaveras. Las sombras ahora son rojas, teñidas de sangre hasta la muerte y nosotros levantamos entonces nuestras alas, el sueño es nuestro brebaje y aprendimos a no temerle a la sal y al polvo, al más allá del silencio y el olvido. "Parténope" con su "voz de plata" y "el hilo helado" de su canto nos ha indi-

cado los secretos del viejo mar: "Ariadna" vio la red de la escritura del griego sobre el papiro y decía: "La casa para el hombre.../ Un Dios en cada reino y un alma en cada forma,/ La soberbia y sus muertos en largas pirámides,/ y un ser de tu linaje cautivo en la maraña."; "Notre Dame de París", sagrada piedra, supimos: "Que la belleza llega con máscaras atroces,/ Que a su primer encuentro lo sagrado horroriza./", reconocimos "La labor de una sabia multitud invisible./", vimos "... en un brusco instante hormiguear los siglos./" y "... algo divino..." ardió "... como fiebre en la sangre,/ Algo que no sabemos y que no preguntamos,/ Porque el misterio debe durar en el misterio/ Y es bello para el hombre que algo perdure oculto./", "Polvo" sagrado de todo lo que existe, metal que resiste a los "... laboriosos siglos..."; "El Coloso de Rodas" no fue eterno siendo de bronce, "... el mar lo deshizo con blandos dientes fríos/" ... Y el tiempo, que es más grande, lo derribó en pedazos./". Por eso soñamos "... que en las puertas del porvenir nos cuida/ Un vasto centinela, que ya fue derrotado./". Pero "Juana de Arco" "oyó los claros ángeles del agua,/ Las cosas que conspiran los seres del silencio / Está en algún lugar de la memoria,/ oye las voces de la tierra, comprende/ La lengua que articulan los vientos en los robles, y acata el rumbo que le imponen./"; "Francisco de Quevedo" "Dio su vida a su voz, su voz al viento,/ y lento irá el rumor sobre el mañana, con las certezas de la raza humana,/"; "Góngora" nos dio el fuego y el sinuoso juego; "Alejandro" amó lo que "... ardía invisible en la lengua de los augures./", miró "... con codicia la luz de salmón de la aurora./" "... cabalgando vio las cosas que pinta en el viento el aroma;/"; y con "Erostrato" aprendimos que aunque el soñador sea polvo "... aún gime en pie su sueño,/".

El País del Viento

Desde sus estancias milenarias sale el poeta para devolvernos las voces que nos cuentan cómo vinimos aquí, siguiendo las señales del comienzo de este prodigioso libro, dadas, por Próspero en La Tempestad: "Pero cómo es posible que persista esto en tu memoria? Qué ves aún en las tinieblas del pasado y en el abismo del tiempo? Si te acuerdas de alguna cosa antes de venir aquí, debes recordar cómo viniste."

Borges nos recuerda que la poesía empezó siendo narrativa y que en las raíces de la poesía está la épica. A la manera de esta primerísima poesía escuchamos en "El País del Viento" a muchos de los personajes que poblaron este misterioso continente del que no tenemos memoria y por lo mismo desconocemos.

La intensidad y la fuerza del torrencial narrativo expresado en los poemas de este libro alcanzan un ritmo sostenido sólo en la más alta poesía y un tono de afinamiento muy singular que pone todo en movimiento dotándolo de vida. Todo este vasto territorio es nombrado para que reviva en nosotros y lo amemos reconociéndonos en él. Todo este vasto territorio resurge en nuestro ser y nos enraíza gracias al viento.

Con un realismo imaginativo sorprendente sin antecedentes en la poesía colombiana, William Ospina liga el presente con el más remoto pasado y logra que cada momento histórico y cada situación humana referida sea también la cifra de una vida que nos conmueve y alienta a buscar en la tradición, en la naturaleza y en las divinidades las posibilidades del futuro que en estos tiempos de tinieblas se encuentra amenazado.

"El País del Viento" es un libro que no admite mediaciones, sus poemas son para escucharlos uno a uno en cofradía reunidos en torno al fuego, o para leerlos cada quien junto a la llama persistente de una vela.

Lo que le ha ocurrido a cada uno de ustedes en el recorrido tangencial y condensado propuesto por este ensayo que pareciera no querer terminar, es el comienzo o bien puede ser la continuación de una experiencia poética que debe completarse directamente para que se realice con plenitud. Esta experiencia debe multiplicarse porque pertenece a nuestra memoria colectiva como especie.

Estaríamos signados por una fatalidad irremediable si no reconocemos a tiempo, como lo enseña Las Mil y Unas Noches, que el tesoro que buscamos lejos lo tenemos cercano.

Cuando nos sucede "El País del Viento" se hace nítido el torrencial narrativo de Sainth John Perse en nuestra memoria, por eso lo invoco en la finalización de esta aproximación a la obra literaria del poeta William Ospina.

Estas eternas palabras fueron pronunciadas en la recepción del Nobel en 1960, en alabanza de la poesía:

"Nada espera sin embargo de las ventajas del siglo. Atada a su propio destino y libre de toda ideología, se reconoce igual a la vida misma, que nada tiene que justificar de sí misma. Y con un mismo abrazo, como con una sola y grande estrofa viviente, enlaza al presente todo lo pasado y lo por venir, lo humano con lo sobrehumano y todo el espacio planetario con el espacio universal. La oscuridad que se la reprocha no proviene de su naturaleza propia, que es la de esclarecer, sino de la noche misma que explora, a la que

está consagrada a explorar: la del alma misma y la del misterio que baña al ser humano. Su expresión se ha prohibido siempre la oscuridad y esa expresión no es menos exigente que la de la ciencia.

Así, por adhesión total a lo que existe, el poeta nos enlaza con la permanencia y la unidad del ser. Y su lección es de optimismo. Para él una misma ley de armonía rige el mundo entero de las eosas. Nada puede ocurrir en ella que, por naturaleza, sobrepuje los límites del hombre. Los peores trastornos de la historia no son sino ritmos de las estaciones en un más vasto ciclo de encadenamientos y de renovaciones. Y las Furias que atraviesan el escenario, con la antorcha en alto, no iluminan sino un instante del muy largo tema que sigue su curso. Las civilizaciones que maduran no mueren de los tormentos de un otoño; no hacen sino transformarse. Sólo la inercia es amenaza. Poeta es aquel que rompe, para nosotros, la costumbre.

Y es así también como el poeta se encuentra ligado, a pesar de él al acontecer histórico. Y nada le es extraño en el drama de su tiempo. Que diga a todos, claramente, el gusto de vivir este tiempo fuerte! Pues la hora es grande y nueva para recobrarse de nuevo. Y a quién le cederíamos, pues, el honor de nuestro tiempo?...

Al poeta indiviso tócale atestiguar entre nosotros la doble vocación del hombre. Y esto es alzar ante el espíritu un espejo más sensible a sus posibilidades espirituales. Es evocar en el siglo mismo una condición humana más digna del hombre original. Es asociar, en fin, más ampliamente el alma colectiva con la circulación de la energía espiritual en el mundo... Frente a la energía nuclear, la lámpara de arcilla del poeta bastará para este fin ? Sí, si de la arcilla se acuerda el hombre. Y ya es bastante, para el poeta, ser la mala conciencia de su tiempo."